

## INFANCIA.

Me convierto en este instante en una niña, corazón de infancia, en mi cuerpo y en mi piel.

Aquí estoy, sentada en el patio, donde pisé la misma tierra, con mis primeras gacelas y pié de algodón.

Pensé que lo había soñado, pero no, fue real, como real es mi vida hoy.

Mirando desde la calle, se podía ver hasta el último álamo, centinela de mis siestas.

No tenía, mi casa, un portón, ni cerraduras, se podía pasar con solo golpear las manos y decir:” permiso don “, patio grande, infinito y largo, rodeado de macetas, con variadas flores.

Me parece aún sentir esos perfumes, esos aromas de glicinas, inolvidables y grabados en mis sentidos.

Era feliz, cuando, con mis hermanos teníamos que buscar con baldes del canal, agua chocolate pero yo sabía por mi madre que era la mejor para las plantas, esfuerzo, si, pero con alegría.

Mi infancia en aquel paraíso, para mí lo era, mi lugar en este mundo un lugar tan amado y donde aprendí que ser humilde no es ser pobre, porque yo tenía mi corazón lleno de paz.

El galpón de mi padre, infaltable en casas grandes, allí había de todo. Cada cosa en su lugar, rastrillo, azadón, arado y arnés para el caballo, aún me veo, allá arriba, en su lomo áspero ¡Que miedo sentía!, pero allá abajo a mi costado, cuidándome, mi padre, cual soldado de alpargatas.

Había al costado del patio, hileras de viñas de uvas negra y blanca, cepas que conocieron mis manos cuando ataba con tiritas de trapos viejos, los zarcillos jóvenes que se erguían orgullosos de estar creciendo, lo mismo sentía yo , cuando en mi afán de ayudar a mi padre, me hacía ser responsable de mi tarea y mi tiempo.

No había nada mejor para mí, que llegaran los domingos, aquellas mesa tan larga de sueños, risas y vinos. Mesones inquietos y reforzados porque ya era vieja la madera, para mí era de lujo, con los manteles tan blancos y servilletas de tela, suaves como las manos de mi madre que en cada caricia te impregnaba del aroma Heno de Prana, su jabón favorito.

Cinco años en los que yo quería ser grande, y no me daba cuenta que con los años, hubiese querido que mi infancia fuese eterna.

Decimos a veces “la infancia que ya perdimos“, no, si la hemos guardado en el rincón de nuestra mente, allí donde van los recuerdos olvidados.

Este terreno que hoy miro, muy lindo y placentero, con verdes pastos y árboles, algunos rescatados, esa cepa añeja, que la conservo solo por verla, aún llora su tronco la savia que allí hubiera,

Delicia era para mí, cuando los brazos fuertes de mi padre me elevaban hasta llegar al durazno, que rosado se mostraba, su madurez y su aroma increpaban mi infancia toda.

Entre los maizales y habas, tomates y cebollines, se alzaba ese señor que hasta miedo a Mí me daba, era el “ espantapájaros “ ,con palos en cruz y vestido con saco viejo y gorro de paja , cuando se acercaban los pájaros, yo tiraba de una cuerda y los tarros que crujían, y me reía yo tanto , hasta caer en los surcos , refrescada por el barro, las calas blancas y firmes, se codeaban con el girasol y desde allí miraban el agua fresca que se confundía en los surcos de mis recuerdos.

Así, puedo un poco contar mi infancia tan resguardada, las cosas tristes que viví las dejo, que se vayan con el agua...

Carmen Leiva.